

EL ESPEJO

Erase una vez un poblado situado en las altas montañas de una gran cordillera, que tenía la peculiaridad de no conocer el mundo de los espejos. Por alguna razón, ningún habitante del poblado se había visto reflejado en uno de ellos, debido quizá a las lejanas distancias que lo separaban con el resto del mundo civilizado.

Un día, Ismael, que tenía fama de curioso, decidió adquirir ese misterioso objeto llamado “espejo”, en el que, según se decía entre los habitantes del poblado, tenía la capacidad de reflejar a la persona que lo miraba. Así pues, llegó el día en que encargó aquel objeto a un comerciante que cada siete años, solía viajar a los valles pidiendo que se lo consiguiera al precio que fuese.

Transcurrido un tiempo, el comerciante ya de vuelta, le hizo llegar el objeto encargado, bien envuelto y protegido. Ismael entonces, presa de emoción, corrió al sótano de su casa y lo desenvolvió con sumo cuidado. Finalmente, cuando lo hubo abierto, le dio la vuelta y:

¡Oh sorpresa! Estaba viendo a su propio padre.

Ante su asombro, por más que lo miraba, la imagen que veía en aquella brillante superficie era, nada más y nada menos, que la de su padre. Ismael, entonces, lo volvió rápidamente a envolver y se retiró visiblemente pensativo y desconcertado.

Aquella noche, mientras dormía junto a su esposa, se despertó inquieto y decidió volver a mirar en el espejo recién traído...;descendió silencioso al sótano y, tras desenvolver aquel extraño objeto, volvió a contemplar de nuevo, no sin asombro y sorpresa, la imagen de su padre. Y así, noche tras noche, Ismael, descendía sigiloso con el fin de contemplarse en aquella imagen tan desconcertante de su propio padre.

Una noche, su esposa Astrid, observando las salidas nocturnas que Ismael realizaba, llena de inquietud y sospechas, decidió seguirle, no sin temer el infiel encuentro de su marido con otra mujer más joven y hermosa. Cuando escondida observó que éste miraba un objeto y se retiraba de nueva a su cama, tuvo deseos de comprobar lo que se hallaba dentro de aquella cosa, capaz de inquietar tanto a su marido.

“Seguro que algo tendrá que ver con otra mujer” pensó. Así que decidió volver al día siguiente, cuando su marido no se encontrase en la casa. De esa forma, investigaría con tranquilidad aquel inquietante objeto que se encontraba en el sótano de su casa.

A la mañana siguiente, Astrid bajó apresuradamente y desenvolvió con cuidado aquello... ¡Oh sorpresa! Sus sospechas se vieron fundadas, ya que lo que vio allí reflejado era, efectivamente, la imagen de otra mujer más joven y hermanos que ella, que, por lo que dedujo, tenía todas las trazas de ser el nuevo sueño de amor de su esposo.

Aquella noche cuando Ismael llegó a su casa, su esposa presa de indignación, le desveló el secreto diciéndole:

“Me estás siendo infiel. He descubierto que todas las noches bajas al sótano y contemplas a esa mujer que aparece tras el objeto que guardas envuelto con tanto cuidado.”

A lo cual Ismael contestó:

“Estás en un error, Astrid, no se trata de ninguna mujer...; ese objeto es un “espejo” que, según se afirma en tierras lejanas, refleja a cada cual...; pero en este caso, sorprendentemente, lo que se contempla cuando en el me reflejo es la imagen de mi padre...”

“Ni hablar”, le interrumpió ella, presa de agitación y cólera. **“Me estás mintiendo. Yo he visto con mis propios ojos la imagen clara de otra mujer, que por la forma de mirar y moverse, tenía todas las trazas de ser tu amante.”**

“Bajemos y comprobarás que no es cierto lo que dices”, repuso él. **“Es mi padre el que se refleja en el objeto, ninguna mujer he visto jamás en el mismo.”**

Astrid asintió a la prueba y una vez que descendieron y se observaron, Ismael según viendo a su padre y Astrid a la otra mujer, con lo que el conflicto y la confusión inundaron aquel hogar... De pronto, Ismael propuso:

“Astrid, solicitemos el fallo del sabio anciano, seguro que su visión te hará comprender con calma la verdad de este objeto”.

Astrid aceptó el juicio del anciano, y ambos dirigieron al sabio y expusieron sus contrariedades, pidiéndole que ase asomase al objeto y dirimiera, si lo que allí aparecía era al padre que viera él, o a la mujer que contemplaba ella.

El anciano asintió y tras llegar a la casa, bajar al sótano y reflejarse en el objeto, dijo:

“NI ES EL PADRE DE ISMAEL, NI LA MUJER QUE SOSPECHA ASTRID. EN ESTE OBJETO, LO ÚNICO QUE SE VE ES A UN ANCIANO”